



PERDONAR ES... DAR Y RECIBIR

PERDONAR

Comenzar de nuevo

María estaba yendo al partido de su hijo, cuando decidió parar a comprar algo para comer. Se puso en la línea correspondiente para automóviles, y bajó la ventanilla para hacer su pedido. Al hacerlo, se encontró cara a cara con un hombre joven que le apuntaba con un revólver. María le preguntó qué quería, pero el hombre no le contestó. Le preguntó si quería su cartera, esperando que alguien del restaurante la escuchara por el micrófono y saliera en su ayuda. Luego tiró la cartera por la ventana, pero el hombre no se movía. En ese momento se dio cuenta que, del otro lado del auto, había un cómplice.

El hombre le señaló el asiento de atrás, y María se dio cuenta que, fuera lo que fuese que iban a hacer, querían meterse en el auto con ella. El sólo pensarlo la asustó tanto, que apretó el acelerador... al mismo tiempo que el hombre disparó el revólver, hiriéndola en la mandíbula. La bala entró por un lado de su cara, y salió por el otro. Luego de robarle la cartera, los dos hombres se dieron a la fuga, sin darse cuenta que había testigos que vieron la matrícula de su auto.

María, bañada en sangre, manejó hasta la ventanilla y pidió ayuda. Uno de los empleados la llevó al hospital que estaba a dos cuadras de allí.

Mientras la preparaban para cirugía, María trataba de concentrarse en el rostro de su agresor para poder identificarlo. No quería olvidar su cara. Mientras la operaban, la policía detuvo a los dos atacantes.

Durante un año la vida de María estuvo marcada por cirugías, dolor físico, cambios emocionales, citas en la corte, el cuidado de sus seres queridos, y mucha ira. No se daba cuenta de cuánto enojo y odio sentía contra el hombre que la había baleado, y no podía olvidar ni su cara, ni lo que le había hecho. Él, por su parte, se declaró culpable, le pidió perdón a María en la corte, y ayudó a condenar a su cómplice de este y otros crímenes. Finalmente, fue condenado a 12 años de cárcel.

María no quería sentirse como una víctima, sino que quería ser fuerte. Ella creía que, si dejaba de estar furiosa, los demás iban a pensar que era débil. Una persona amiga le preguntó si tenía miedo del momento en que su agresor saliera en libertad. María le respondió que se lo imaginaba a él entrando a su casa, pero que esta vez la historia era al revés – ella lo heriría en la mandíbula, así él sabría el dolor con el que ella había tenido que vivir, y cómo la había afectado.

A medida que fue pasando el tiempo, la vida de María comenzó a calmarse. Un día, María se encontró a sí misma con ganas de ir a hablar con su atacante. No sabía bien por qué, pero el deseo era real, así que, después de varios meses, decidió hacerlo.

Se encontraron en una sala en la prisión. Por un momento, María no supo qué decir. Luego le preguntó cómo había sido su niñez, a lo que él respondió, contándole historias de su vida. Ella también le contó acerca de su familia y de lo difícil que había sido para sus hijos elaborar lo que le había pasado a ella. También le dijo cuánto la había herido, tanto física como emocionalmente, y cuántas cosas habían cambiado en su vida diaria y la de su familia. Ambos compartieron historias sin levantar la voz, y sin sentir enojo. Después de una breve pausa, María se encontró a sí misma diciendo algo que nunca había pensado llegaría a decir, algo que simplemente salió de su boca sin ella esperarlo. Llamó al hombre por su nombre, y le dijo: “te perdono”.

María dice que fue a la prisión porque necesitaba hacerlo para sí misma, pero el regalo del perdón produjo un cambio no sólo en su vida, sino también en la vida del joven que la había baleado. Cuando el joven fue puesto en libertad condicional, María se contactó con el oficial a cargo de él, para ver si podría ayudarlo a encontrar trabajo. Así se enteró que ya había encontrado trabajo, y que le estaba yendo muy bien. Algún tiempo después, María se volvió a encontrar con el joven y su oficial a cargo. Así se enteró que su visita en la prisión le había impactado mucho. El enojo y la ira habían desaparecido, dando lugar al perdón, y así dos vidas habían sido transformadas.

El regalo del perdón

El perdón es algo que fluye de Dios hacia nosotros, y a través de nosotros hacia los demás. La Biblia usa la palabra “pecado” para describir las cosas incorrectas y egoístas que hacemos. “Pecado” significa errar al blanco. Imagina un tablero de tiro al blanco. Dios podría señalar el centro del tablero y decir: “esto es lo que espero de ti: perfección”. Dios quiere que le amemos a Él y a los demás en forma perfecta, con todo nuestro corazón, con toda nuestra mente, y con todas nuestras fuerzas. Sin embargo, cuando miramos nuestras vidas, nos damos cuenta que todos erramos al blanco. Ninguno de nosotros logramos estar a la altura de las expectativas de Dios. Ninguno de nosotros podemos presentarnos sin culpa delante de Dios.

Necesitamos a alguien que pueda satisfacer las expectativas de Dios en nuestro lugar. Quien hizo eso es Jesucristo. Como Jesús fue cien por ciento humano, él enfrentó todas las tentaciones y dificultades que nosotros enfrentamos. Pero como Jesús también fue cien por ciento Dios, no sucumbió a ellas. Su vida perfecta es un sustituto para cada uno de nosotros. La vida, muerte y resurrección perfectas de Jesús satisfacen las expectativas de Dios para con nosotros, haciéndonos así perfectos ante Él. Por Jesús, Dios nos perdona.

¿Qué es el perdón?

El perdón no es una respuesta a una disculpa, ni tampoco un simple sentimiento. El perdón es una acción que se elige realizar. El perdón es un regalo de Dios a través del cual Él quita nuestros pecados y no los recuerda más. Es un regalo que libera. El perdón es el regalo de paz con Dios a través de Jesucristo.

Te habrás dado cuenta que la palabra “regalo” aparece varias veces en el párrafo anterior, y es porque de eso se trata el perdón de Dios: es un regalo de gracia. La gracia puede ser definida como “amor inmerecido”. Si yo te enviara un regalo por correo sin ninguna razón, sería un regalo de gracia, porque tú no hiciste nada para merecerlo; yo te lo estaría regalando por amor. De la misma manera, nosotros no hemos hecho nada para merecer el perdón de Dios. Es un regalo de gracia que Dios nos da porque nos ama.

A veces es difícil perdonar a otros, porque parecería que al hacerlo estamos aprobando lo que hicieron. Sin embargo, eso no es lo que significa el perdonar. El pecado nunca está bien. Pero cuando nos damos cuenta de cuánto Dios nos ha perdonado – por cada cosa mala, pequeña o grande, que hemos dicho o hecho, o dejado de hacer – nos sentimos movidos a responder de la misma forma, perdonando a los demás. A través del perdón de Dios tenemos paz en nuestra vida, y su paz nos permite olvidar la ofensa, en vez de guardar rencor y resentimiento. Dios es perfecto, por lo que Él perdona perfectamente. Una vez que Él nos perdona, lo hace para siempre, sin guardar resentimientos.

Pero como nosotros somos imperfectos, perdonamos en forma imperfecta. El perdón que ofrecemos a los demás puede ser manchado por nuestras heridas y ansiedades. Para nosotros el perdón es un proceso, pero, con la ayuda y el ejemplo de Dios, podemos dejar de lado nuestras heridas.

El padre que supo perdonar

En la Biblia encontramos una historia que Jesús contó para ilustrar el amor increíble que Dios tiene por nosotros, y el poder del perdón:

Había un padre que tenía dos hijos. El padre era un rico terrateniente, muy respetado en su pueblo. Un día, su hijo menor le pidió su parte de la herencia, algo que era totalmente fuera de lo común. ¡Era como decirle al padre que quisiera que estuviera muerto! Sin embargo, el padre dividió las tierras entre sus dos hijos así como él se lo había pedido.

Casi enseguida el hijo menor tomó todas sus pertenencias y se fue a un país lejano. Allí vivió una vida descuidada, gastando toda su herencia. Cuando se le acabó el dinero, el país pasó por una época de hambre durante la cual el joven no tenía nada. Estaba tan desesperado, que aceptó trabajar en una granja alimentando a los cerdos, donde ansiaba poder comer los marlos de choclos que eran para los cerdos. No veía salida ni esperanza para su vida.

Tan patética era su situación, que finalmente tocó fondo, y recapacitó. Recordó a los trabajadores en la estancia de su padre, que recibían tres comidas por día. Entonces decidió regresar a su casa y pedir que lo contrataran como a un trabajador más. Planeó con cuidado lo que le diría a su padre: “Padre, he pecado contra Dios y contra ti. No merezco ser llamado hijo tuyo. Tómame como empleado”. Dolorido, hambriento, y arrepentido de su egoísmo, volvió a la casa de su padre.

Su padre lo estaba esperando. Cuando todavía estaba lejos, el padre lo vio venir, y salió corriendo a su encuentro. Como hombre respetable y mayor que era, no era bien visto que corriera, pero él corrió para abrazar a su hijo perdido. Con el corazón latiéndole fuerte corrió hasta él, lo abrazó, y lo besó. El hijo comenzó a decir lo que había ensayado, el padre no quiso escucharlo, sino que llamó a sus sirvientes para que trajeran el mejor manto y se lo pusieran al hijo. ¿Quién creen que tenía el mejor manto en la casa? El padre. Él quería que su hijo fuera cubierto con su propio manto. Luego el padre le puso un anillo en su dedo. Ese anillo tenía el sello de la familia, con lo cual identificaba al joven como parte de la familia, y no un empleado. También le hizo traer sandalias (los sirvientes andaban descalzos). Finalmente, ordenó que se hiciera una fiesta. “Mi hijo estaba muerto y ahora está vivo”, dijo. “Estaba perdido y ahora lo he encontrado”.

¿Se acuerda que dije que había dos hijos? El hijo mayor estaba trabajando en el campo cuando escuchó todo el alboroto, por lo que llamó a uno de los sirvientes y le preguntó qué estaba pasando. El sirviente le dijo: “tu hermano ha regresado y tu padre ha matado a un ternero gordo porque él está de vuelta sano y salvo”. El hermano mayor salió enfurecido y se rehusó a unirse a la celebración. Su padre trató de convencerlo, pero él no quiso escucharlo. Muy enojado le dijo a su padre: “Durante años he estado aquí sirviéndote, sin darte ningún tipo de problemas. ¿Acaso has dado alguna fiesta para mí y mis amigos? Pero mi hermano aparece, después de haber malgastado tu dinero en prostitutas, y tú haces una gran fiesta para él”.

Seguramente el padre se entristeció porque el hijo mayor no comprendía. Le recordó al hijo que ellos estuvieron juntos todo el tiempo, y que todo lo que era del padre, era también del hijo. Ahora era tiempo de celebrar. “¡Tu hermano estaba muerto, y ahora está vivo! ¡Estaba perdido, y ahora lo hemos encontrado!” (Esta parábola se encuentra en Lucas 15:11-32).

Esta historia que Jesús nos contó nos presenta una preciosa imagen de lo que son el amor y el perdón inmerecidos. Ella ilustra el amor que Dios tiene por nosotros. Nuestro egocentrismo hace que nos alejemos de Dios, pero Él continúa cuidándonos y corriendo a nuestro encuentro, para traernos de vuelta a su familia. Hemos malgastado muchos de los regalos que Dios nos ha dado, pero sus brazos siempre están abiertos para recibirnos con amor y perdón.

La historia también nos muestra la fealdad del no perdonar. En vez de compartir la felicidad de su padre y de su hermano, el hijo mayor se llenó de tanta envidia y resentimiento, que no pudo disfrutar de la alegría de la familia, amigos, y empleados, que celebraron el regalo del perdón. Quizás finalmente, luego de la conversación con su padre, haya comprendido la razón de la fiesta y se haya unido a ella, o quizás se haya quedado afuera, sintiéndose incomprendido y no dispuesto a perdonar.

No es fácil perdonar. Para poder perdonar tenemos que dejar de lado nuestra indignación y valorar a la persona que nos ha lastimado o herido. Para perdonar tenemos que ser humildes. El padre de esta historia, con sus brazos extendidos en aceptación y perdón, dispuesto a humillarse por amor a su hijo, me recuerda a otro hombre que también extendió sus brazos con un amor inexplicable, aún cuando experimentó una muerte humillante, dispuesto a morir para perdonar.

Morir para perdonar

Un viernes por la tarde un hombre estaba muriendo. El tiempo pasaba lentamente, la espera parecía interminable. Sus seres queridos no podían hacer nada para ayudarlo. Trataban de consolarse mutuamente. Hasta él mismo trató de consolarlos. Le costó un gran esfuerzo poder pronunciar sus últimas palabras.

Los que estaban alrededor trataban de ignorar lo que estaba pasando, pero la muerte es difícil de ser ignorada. Especialmente esa muerte. Sus manos tiernas, que jugaron un papel tan importante en su vida, estaban atadas. Su toque había significado tanto para tantas personas...

Había mucha actividad por allí. Había otros que enfrentaban la misma suerte. Había guardias hablando entre sí que actuaban como si estuvieran a cargo, pero era evidente que Dios era quien controlaba la vida y la muerte. Los cielos tocaron música inquietante de truenos y rayos. El cielo se puso oscuro en la mitad del día.

Pasaron las horas. El hombre murió. El nombre de ese hombre era Jesús. Murió cerca de la ciudad de Jerusalén en el año 30, a los 33 años de edad. Fue sentenciado a morir crucificado, a pesar de que el gobernador no lo encontró culpable de ningún delito. El gobernador simplemente se dejó llevar por los gritos de la muchedumbre que decían: “¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!”. Jesús fue llevado a la muerte. Los soldados clavaron sus manos a la cruz. Luego clavaron sus pies, uno sobre el otro.

Lo crucificaron junto con otros criminales, y se burlaron de él por decir que era el Salvador del mundo.

Jesús olía a transpiración y sangre. María, su madre, y sus seguidores, lloraban de dolor. La tierra estaba manchada con la sangre de crucifixiones anteriores, seca ya por el sol. Quienes observaban estaban manchados por el pecado. El corazón de Jesús latía con el dolor de la soledad. El olor de la muerte estaba bajo su nariz, pero él ni parpadeó. Luego murió. Pero la historia no termina ahí. Jesús murió el viernes, pero ¡el domingo resucitó de la muerte! Y después de asegurarse que más de 500 personas vieran que realmente estaba vivo, Jesús ascendió a los cielos para preparar un hogar eterno para todos los que creen en él como su Salvador. (La historia de la crucifixión y resurrección de Jesús se encuentra en los capítulos 27 y 28 de Mateo, 15 y 16 de Marcos, 22 a 24 de Lucas, y 19 y 20 de Juan.)

Al día en que Jesús murió hoy lo conocemos como “Viernes Santo”, porque con su muerte Jesús pagó el castigo por todos nuestros pecados. Y porque resucitó de la muerte sabemos que, al creer en él, nosotros también vamos a resucitar para vivir con él para siempre. Jesús, que fue verdadero hombre y verdadero Dios, fue enviado del cielo para morir por nosotros. Por su muerte somos perdonados y recibimos la vida eterna. En la cruz Jesús tomó sobre sí mismo toda la ira de Dios por nuestros pecados y todo el castigo que nosotros merecíamos. Sabiendo lo que Jesucristo ha hecho podemos estar confiados de que nuestros pecados han sido perdonados por completo.

El sufrimiento, la muerte y resurrección de Jesús por nosotros nos motiva a perdonar a los demás. Porque es en la cruz y en la tumba de la cual resucitó donde descubrimos lo que son la vida y el perdón verdaderos. Permitamos que la nueva vida y el perdón que su muerte nos ha dado, se arraiguen en nuestro corazón. Al hacerlo escucharemos a Jesús llamándonos a perdonar a otros así como él nos ha perdonado.

Así como has sido perdonado

A veces, motivados por el amor de Dios, perdonamos a los demás con más facilidad que a nosotros mismos. ¡Pero los mismos principios se aplican a ti! Dios te perdona, así es que, si te resulta difícil perdonarte a ti mismo, fíjate en cuán dispuesto está siempre Dios a perdonarte. Lee otra vez la historia del padre que recibió a su hijo con los brazos abiertos, y piensa que Dios es ese Padre amoroso que está dispuesto a perdonarte y a recibirte en sus brazos. Recuerda eso una y otra vez, hasta que te llegue al corazón.

Cuando Jesús les enseñó a orar a sus discípulos, lo que hoy conocemos como el “Padrenuestro”, les dijo: “perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”.

Él conectó el perdón que nosotros recibimos con el perdón que ofrecemos a otros, dejando así en claro que debemos pasar a los demás el regalo que hemos recibido de Dios. ¡Y qué gran regalo que es!

El perdón cambia vidas. Recuerda que Dios promete olvidar tus pecados una vez que han sido perdonados. De la misma forma en que Dios ha perdonado todos nuestros pecados a través de Jesús, Él te ayudará a que perdones a los demás y a ti mismo, liberándote para que puedas disfrutar de la vida abundante y eterna que tiene planeada para ti. Permite que Jesucristo ponga lo mejor de él en ti. Alégrate en el nuevo comienzo que Jesús te ha dado, y disfruta de su misericordioso perdón. ¡Dios es un Dios perdonador que te ama inmensamente!

OLVIDAR Es posible

Julio sacudió la cabeza. “Durante 35 años le guardó rencor, así que me imagino que lo llevará a la tumba con ella”, dijo, hablando de su cuñada Luisa. El rencor era contra su propia hermana, quien años atrás había convencido a sus padres para que le dejaran una parte más grande de lo que le correspondía de la herencia. Desde ese entonces, Luisa no le había hablado más a su hermana. Consumida por su resentimiento, le contaba la historia a todo quien estuviera dispuesto a escucharla. “Le ha transformado la vida”, dijo Julio, “parece que nunca va a ser capaz de perdonar y olvidar”.

Lamentablemente, son muchas las personas que viven como Luisa, envenenando sus vidas con resentimientos y rencores. ¿Se puede hacer algo para ayudarles a perdonar y olvidar? La respuesta es “sí”.

¿Qué es lo que se interpone?

Las personas que tienen problemas con la reconciliación (o sea, con restablecer una relación resolviendo un desacuerdo) pueden ser divididas en dos categorías. Unas son las que, como Luisa, se enojan tanto por lo que la otra persona ha hecho, que son incapaces de perdonar. Algunas hasta llegan a decir: “Nunca podré perdonarle lo que hizo”. En realidad ellas *sí pueden* perdonar; lo que en realidad quieren decir, es “nunca voy a perdonarle lo que hizo”.

Las otras son las que no pueden o no quieren perdonarse *a sí mismas*. Estas personas han herido a otro, y el daño les parece irreparable. A veces el problema se complica más cuando ese otro muere antes de poder tener la oportunidad de pedirle perdón.

¿Qué es lo que impide perdonar y olvidar? Algunos llegan a decir que es la forma en que Dios los castiga. Otros dicen que los demás, o las circunstancias, los obligan a recordar constantemente la ofensa. Y otros dicen que ellos mismos no se permiten perdonar.

Tan lejos como el oriente está del occidente

Consideremos esos tres argumentos. Primero, que el no perdonar es un castigo divino por la mala conducta humana. En realidad, no hay nada más claramente establecido en la Biblia que la buena voluntad de Dios para perdonar. *“Tan lejos de nosotros echó nuestra transgresiones como lejos del oriente está el occidente”* (Salmo 103:12).

¿Cuán lejos está el oriente del occidente? Bien puedes preguntarte cuán largo, ancho, alto y profundo es el espacio. Imagina el infinito, algo sin principio ni fin. Así de completo y sin fin es el perdón de Dios. Dios quiere perdonarnos para que podamos estar en buena relación con Él. Por esa misma razón es que Él envió a Jesús a vivir una vida perfecta aquí en la tierra, y morir para pagar el precio por todo lo que tú y yo hacemos mal. Ahora Dios dice que, como Jesucristo pagó por nuestros pecados, tú y yo somos perdonados.

¡Pero aún hay más! Dios no sólo perdona, sino que también olvida. *“Yo soy el que por amor a mí mismo borra tus transgresiones y no se acuerda más de tus pecados”* (Isaías 43:25). Dios borra tus pecados y los olvida para siempre.

Es posible olvidar

Pero mientras que Dios elige no recordar nuestros errores, a veces quienes han sido ofendidos eligen no olvidar. Esto nos lleva a la segunda explicación posible: el perdón no es posible porque las circunstancias y las personas nos obligan a recordar las cosas que nos causaron dolor.

Perdonar y olvidar no significa borrar todo de la memoria como si nada hubiera pasado (que es lo que comúnmente asociamos con la palabra “olvidar”). Es más bien como cuando le hacemos un favor a alguien: la persona nos agradece, y nosotros le contestamos “no hay de qué”. En otras palabras, le estamos diciendo: “olvídalo, no sientas que me debes nada por eso”. Si Luisa perdonara a su hermana, el recuerdo de la herencia dejaría de acosarla y lastimarla y ya no se sentiría ofendida, ni tendría más las *emociones dolorosas*.

Dado que las dos teorías anteriores no son válidas, nos queda una última teoría que dice que el obstáculo para perdonar debe estar en nosotros mismos. Es importante reconocer y remover los obstáculos que se interponen en el camino de la sanidad. En el caso de Luisa, el obstáculo es su indignación por haber sido lastimada. Ella está enojada con su hermana, y por eso la ha castigado durante 35 años, guardándole rencor. De lo que Luisa no se da cuenta es que ese rencor le ha costado mucho más a ella que a su hermana. Cuando no nos podemos perdonar a nosotros mismos, seguimos sufriendo. Es una forma de auto castigarnos para sobrellevar la culpa.

Haciendo real el perdón

Normalmente, el saber que Dios perdona es una buena noticia. Pero para algunos el hecho de que Dios perdona todo lo malo que hacemos no es más que un concepto abstracto sin conexión con el mundo real de la ira y el dolor.

Cuando uno ha sido lastimado o ha lastimado a otro, cae en un pozo emocional. En esos momentos es normal no querer pasar solo por esas circunstancias. Si yo lastimo a alguien, voy a tratar de encontrar cómo justificar lo que hice, imaginando que la otra persona se lo merecía, así los dos estamos en el pozo juntos. Si otro me hiere a mí, quizás trate de herirle yo también a él, así los dos estamos juntos en el mismo pozo. En ambos casos no estoy interesado en perdonar, porque siento que alguien tiene que pagar por mi dolor.

El deseo de vengarme demuestra el principio de represalia: ojo por ojo, diente por diente. Este principio perpetúa las guerras entre las naciones, entre las razas, y entre los diferentes grupos religiosos. Nunca pone fin a nada, excepto a la vida de personas. Este principio viene del Antiguo Testamento de la Biblia. Cuando Dios instruyó a su pueblo a tomar ojo por ojo, estaba definiendo lo que era un castigo justo, no demandando represalias. Las represalias o venganzas crean ciclos interminables de dolor.

En cambio el perdón pone fin a la destrucción. El perdón puede reconciliar naciones, culturas, razas, grupos económicos y religiosos, de la misma forma que puede curar la división entre las personas y llevar paz a las mentes en conflicto. El perdón nos saca del pozo y nos trae a la vida.

Acerca del dolor

Ahora que sabes que lo que te impide perdonar es a menudo el dolor, necesitas enfrentarlo junto con el sufrimiento, la vergüenza, la humillación, el resentimiento, y la culpa.

Margarita y Carlos son ejemplo de una pareja que necesitaba resolver sus sentimientos para poder resolver la crisis por la que atravesaba su matrimonio. Hacía 20 años que estaban casados, y tenían tres hijos adolescentes.

Margarita sabía que su matrimonio había caído en la rutina, pero con tres adolescentes y con Carlos trabajando constantemente, cómo no iba a ser así. Su vida sexual había disminuido al punto que era muy infrecuente, y rara vez con pasión. ¿Pero no era eso lo que se suponía pasaba en la mitad de la vida?

Todas las razones de Margarita dejaron de tener sentido cuando descubrió que, al menos durante tres años, Carlos había estado viendo a otra mujer. Al principio no lo podía creer, y esperó que Carlos lo negara. Pero no fue así. Carlos ni siquiera se defendió. “Es cierto, lo siento”, le dijo, “¿qué quieres que te diga?”.

Margarita estaba lívida. Le gritó todo lo que se le ocurrió. Lo odiaba con todas sus fuerzas. Sintióse demasiado culpable, Carlos se fue de la casa, y pasó la noche en la oficina.

Margarita les dijo a los hijos que se sentía mal y se fue a la cama, pero la escucharon llorar. Se sentía tan humillada y herida, que quería morirse. También sentía mucha vergüenza como para estar con alguien, especialmente con sus hijos.

Cuando Carlos llamó al día siguiente, ella le colgó. El teléfono sonó otra vez, pero ella no contestó. Siguió sonando, hasta que finalmente atendió.

“Creo que debemos hablar con nuestro pastor”, dijo Carlos. Margarita no había esperado que le dijera eso. “¡Nunca voy a hablar con él!”, le contestó. “Entonces yo lo haré”, dijo Carlos.

Más tarde, cuando estaban en la oficina del pastor, Margarita dijo: “Sé que no suena cristiano, pero nunca lo voy a perdonar. ¡Nunca, nunca! ¡No lo puedo perdonar!”

El pastor no discutió con Margarita, porque sabía que ella debía confrontar el dolor que estaba sintiendo. La infidelidad de Carlos la había humillado, y por eso ella lo odiaba en ese momento. El perdón era algo imposible por ahora.

Por su parte, Carlos quería arreglar las cosas en una forma simple y rápida. No quería hablar acerca de sentimientos. “Esa relación se terminó”, dijo. “Prometo que no va a volver a suceder”.

“Eso es importante y ayuda mucho”, le dijo el pastor, “pero primero necesita decirle a Margarita y a mí cómo se siente con respecto a lo que pasó”.

El pastor estaba ayudando a Carlos y Margarita a hacer lo que es necesario para perdonar y olvidar. Era necesario que expresaran sus sentimientos en presencia de un tercero – alguien que pudiera ser objetivo y que se interesara lo suficiente como para escucharlos y ayudarlos a sanar. Carlos y Margarita necesitaban compartir lo que les estaba pasando por dentro, poniendo palabras a sus sentimientos, para así poder comprenderse mutuamente.

Después de un tiempo, Margarita fue capaz de perdonar a su esposo. También pudo reconocer cómo ella había contribuido a la insatisfacción en su matrimonio. Por su parte, Carlos pudo perdonarse a sí mismo por el daño que había hecho en su matrimonio, porque se dio cuenta que Dios lo había perdonado y lo amaba a pesar de lo que había hecho.

Una vez que superó la culpa por su adulterio y el resentimiento hacia su esposa, que él pensó que justificaba sus acciones, Carlos fue capaz de perdonar a Margarita. Tanto Carlos como Margarita perdonaron y fueron perdonados. Ambos fueron guiados hacia una comprensión esencial de sí mismos y de sus sentimientos. Ese tipo de confrontación es el primer paso hacia la reconciliación en una relación quebrantada.

El papel de la ira

Generalmente, lo primero que sentimos cuando somos heridos es mucho enojo. Si me golpeo contra algo, me enojo. Si alguien me hiere, me traiciona, me hace sentir mal, o me quita algo que es mío, mi enojo puede rápidamente convertirse en ira, y llegar al odio. La ira es una reacción que sobreviene cuando creo que he sido tratado injustamente. A su vez, si le permito que se arraigue en mi corazón y en mi vida, esa misma ira puede impedirme perdonar y olvidar.

La ira es una emoción secundaria que aparece como respuesta a un sentimiento más básico de sentirse herido, culpable, con temor, o con dolor. Si otra persona me hace sentir culpable, es muy probable que me enoje con ella. Sea cual fuera la causa del enojo – injusticia, culpa, o temor – no se puede perdonar y olvidar hasta que se encuentra una forma de resolverlo.

El rol de Dios en el proceso

Ya hemos dicho que Dios es quien perdona. Pero Dios también es quien toma sobre sí mismo nuestro dolor y nuestra ira. Nosotros somos frágiles, pero Dios no lo es. Nosotros somos impacientes, pero Dios es paciente. Nosotros buscamos venganza, pero Dios nos ofrece perdón cuando nos rebelamos contra Él. Por todo esto es que podemos usar a Dios como guía cuando estamos enojados, descargando nuestro corazón en Él a través de la oración, así como lo hicieron los autores de los Salmos 7, 10, 17 y 28.

También podemos expresar nuestra ira contra Dios. Hay quienes piensan que enojarse con Dios no está bien, y por eso tratan de negar su enojo, pero hay veces en que realmente estamos enojados con Él. Cuando el enojo de una persona no tiene una causa fácilmente identificable, a menudo se atribuye la culpa al destino, o a otras personas o situaciones, cuando en realidad la persona está enojada con Dios.

Job, el gran sufridor en el Antiguo Testamento, dirigió su enojo hacia Dios cuando le preguntó en forma sarcástica: *“¿Te parece bien el oprimirme y despreciar la obra de tus manos mientras te muestras complaciente ante los planes del malvado?”* (Job 10:3).

Nuestras riñas con Dios y con los demás a menudo son intentos desesperados que hacemos para sobrevivir en un mundo lleno de frustraciones y en donde las injusticias están a la orden del día. Quizás tú sientas la misma ira y frustración que tuvo Job, y quieras descargarlos contra Dios, que parece estar ignorando tu situación, o incluso ayudando a que la misma suceda. Expresa tu enojo. Dios sabe acerca de él.

Dios acepta con compasión tu enojo y tu frustración. A Él le preocupa tu dolor. Él quiere mostrarte cómo superar tu enojo, y ayudarte a curarte del dolor.

La curación lleva al perdón

Si estás tratando de perdonar pero no puedes olvidar, lo más probable es que todavía tengas mucho dolor y, por lo tanto, mucha ira. De hecho, quizás internamente tengas mucha rabia por lo que ha pasado. Si es así, lo mejor es poder ponerlo en palabras, ya sea conversando con un amigo, un pastor o un consejero, o escribiéndolo, hasta que el enojo comience a desaparecer.

Tus recuerdos se pueden curar si los tratas en una forma sana, como por ejemplo reconociéndolos, acusando recibo de ellos, y dejándolos ir. Para ello es necesario que los revivas con toda su carga emocional en presencia de una persona de confianza que te escuche con atención y que te dirija hacia Dios, quien es la fuente de todo consuelo. Quizás tengas que hacer esto varias veces, dependiendo de la severidad de la herida y de la profundidad de tu enojo, pero el dolor en los recuerdos de a poco va a comenzar a desaparecer.

El problema es que somos criaturas de hábitos, y como tales nos aferramos a las cosas, aún a nuestros dolores. A veces incluso racionalizamos, pensando que debemos aferrarnos a los malos recuerdos para no olvidar cómo algunas personas nos han tratado. Cuando hacemos esto, estamos evadiendo la responsabilidad que tenemos de hacernos cargo de nuestros sentimientos, imaginando así que somos inocentes.

Quizás seas reacio a perdonar y olvidar porque, si lo haces, te tienes que enfrentar con la realidad de cuán resentido, o incluso odioso, has sido.

El cambiar y el sanar son cosas difíciles, pero un cambio lleva al otro, y poco a poco uno va adoptando una forma diferente de mirar a las cosas y a las personas. No hay dudas de que es más fácil dejar las cosas como están sin tener que cambiar, pero el camino fácil no es siempre el mejor. El resentimiento y la amargura finalmente logran destruir. *Necesitamos* perdonar.

Perdonar permite olvidar

Olvidar no significa de pronto tener amnesia o reprimir los recuerdos, ocultando un acontecimiento porque es doloroso recordarlo. Ese tipo de olvido, que en realidad es represión, no es sano. La represión es un obstáculo que no permite sanar los malos recuerdos.

El verdadero perdón quita el dolor de los recuerdos. El perdón logra neutralizar el dolor de tal forma que de a poco se va olvidando, y ya no se necesita perpetuar el resentimiento. Los recuerdos, en cambio, pueden permanecer, a causa de los buenos sentimientos que resultan del estar reconciliados. El perdón representa un fin, una clausura de algo del pasado, que da lugar a un nuevo comienzo.

Jesús dijo que vino *“a dar libertad a los oprimidos”* (Lucas 4:18). Nada puede oprimir más que un pasado doloroso. Cuando tu pasado se sana de tal forma que el dolor ya no afecta tu presente ni proyecta su sombra sobre tu futuro, entonces eres libre. El peso que te agobiaba fue quitado de tu espalda. Al haber perdonado, te puedes sentir mucho mejor en todo sentido: espiritual, emocional, y a veces hasta físicamente.

Quienes no quieren nuestro perdón

Es posible que alguien a quien hayas ofendido no esté interesado en que le perdones. Quizás no te lo pida, o quizás piense que no lo necesita, o quizás no lo acepte si tú se lo ofreces. ¿Cómo puedes, entonces, perdonar a alguien así? Supongamos, por ejemplo, que en vez de decir que lamentaba su infidelidad, Carlos le hubiera dicho a Margarita que quería divorciarse. En ese caso no le estaría pidiendo perdón, sino permiso para casarse con otra mujer. En esa situación, el desplante a Margarita hubiera sido mucho más severo, y su curación mucho más complicada.

Es difícil perdonar a alguien que parece no darse cuenta que ha hecho algo mal, o a quien no le interesa ser perdonado. Pero tu elección de perdonar y actuar en amor hacia quien te hirió no depende de que el otro esté preparado para responder. El perdón es un proceso, y tu espíritu de amor puede llegar a inspirar un cambio en el corazón de quien te hirió.

La mejor forma de comenzar a perdonar es pidiéndole a Dios que te muestre cómo hacerlo. La oración es una forma poderosa de expresar nuestras necesidades y deseos, y de dejar salir todo el dolor y los recuerdos que nos oprimen. Cuando ores, pídele a Dios que te reconcilie con la persona que te hirió.

Dios quiere la reconciliación. Pablo, un líder en los comienzos de la iglesia cristiana, dijo: *“Todo esto proviene de Dios, quien por medio de Cristo nos reconcilió consigo mismo y nos dio el ministerio de la reconciliación: esto es, que en Cristo, Dios estaba reconciliando al mundo consigo mismo, no tomándole en cuenta sus pecados y encargándonos a nosotros el mensaje de la reconciliación”* (2 Corintios 5:18-19).

En el Antiguo Testamento encontramos las siguientes palabras reconfortantes: *“Él restaura a los abatidos y cubre con vendas sus heridas”* (Salmo 147:3). Dios es un Dios reconciliador. Algunas personas te dirán que el tiempo cura las heridas. En realidad, por sí mismo, el tiempo no cura nada. De hecho, algunas cosas con el tiempo se agravan. El enojo se puede convertir en odio, y la amargura puede convertirse en resentimiento. La sanidad que tú buscas requiere trabajo de tu parte. Tu responsabilidad es orar para que Dios te sane, y puedas dejar ir el dolor. Como resultado, Dios se hace partícipe de tu problema, le trae sanidad a tu corazón herido, y venda tus heridas.

Dios también quiere que todas las personas se reconcilien entre sí mismas y con Él, y así lo demostró al permitir que su Hijo Jesucristo viniera al mundo como uno de nosotros para reconciliarnos con Él. Lamentablemente, hay quienes no están interesados en reconciliarse con Él, y por eso Dios sufre.

El regalo de Dios nos permite vivir en forma positiva en un mundo en el que las desilusiones son cosa de todos los días. Dios quiere que tengas ese regalo, y te lo ofrece a través de Jesús. Él sabe lo que es sufrir y ser rechazado. A pesar de que Dios no tiene límites en lo que puede hacer, Él ha elegido permitir que este mundo caído siga existiendo, y nos permite a nosotros vivir en él. Mucho de lo que pasa en este mundo va en contra de la voluntad de Dios para nosotros. Pero Dios promete usar en forma positiva aún las cosas negativas que nos pasan en la vida (ver Romanos 8:28).

De la misma forma en que Jesús resucitó de entre los muertos después de su muerte en la cruz, así Dios nos dará también a nosotros la victoria sobre el mal. Mientras tanto, esperamos con fe el triunfo final.

Del hoy al mañana

Aunque te parezca mentira, Dios te ama más de lo que nadie en este mundo puede amarte. Muy fácilmente nos olvidamos de esto, por eso es que necesitamos reunirnos en una comunidad de creyentes, porque allí, en la iglesia, se nos recuerda una y otra vez del amor de Dios.

Si no participas de una iglesia, busca una que reconozca que todos somos personas imperfectas que necesitamos el perdón de Dios, y que proclame con claridad el amor incondicional y el perdón que Dios nos da a través del sacrificio y resurrección de su Hijo Jesucristo.

Permite que Jesucristo te ayude a vivir una vida plena, perdonando lo que tengas que perdonar, y viviendo tu vida en la luz de su amor. Alégrate en la nueva oportunidad que Dios te da a través de su perdón y su amor. ¡Dios te ama!

*Visite la tienda virtual de LHM
donde encontrará una variedad de
recursos para su ministerio*

Para adquirir folletos impresos, diríjase a

<http://www.lhmgift.org/storefront/products.asp?by=topic&id=7>.

Allí encontrará éste y otros folletos, así como también títulos en inglés.

Estos folletos tratan temas como la muerte, el divorcio, la depresión, el perdón, la paternidad, desde una perspectiva y base cristianas.

*Check out LHM's online store
for a variety of ministry resources*

If you would like to get hard-copy booklets

of this item, you can do so by going to

<http://www.lhmgift.org/storefront/products.asp?by=topic&id=7>.

There you will find this and other Project Connect booklets, with many titles in Spanish as well. Subjects like peace, divorce, forgiveness, cancer, gambling, post-traumatic stress disorder and loneliness are only a few of the topics sensitively addressed in these concise, Christ-centered volumes.



CRISTO PARA TODAS LAS NACIONES
www.paraelcamino.com

Copyright © 2006 Int'l LLL
Revisado 2010

La Liga Internacional de Laicos Luteranos trabaja en conjunto
con la Iglesia Luterana-Sínodo de Missouri y la Iglesia Luterana de Canadá.

Las citas bíblicas han sido tomadas de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional © 1999 por la Sociedad Bíblica Internacional.